

A blue door is partially open, set into a light-colored wall. The floor in the foreground is made of large, square tiles with a pattern of blue, green, and orange floral or abstract designs. The lighting is soft, coming from the right, casting a slight shadow on the wall and floor.

**ANTÓNIO  
LOBO ANTUNES**

**No es medianoche  
quien quiere**

Una novela en la que la prosa exquisita de Lobo Antunes fluye en un torrente de imágenes y pensamientos, una atmosfera onírica y polifónica donde la voz de su protagonista se mezcla con la de otros personajes. Los recuerdos, hilvanados con delicadeza e inteligencia, impactan al lector con la fuerza de los acordes hechos melodía. Una mujer vuelve a la casa de vacaciones de su familia en la playa, abandonada tras años de ausencia, para desenterrar los recuerdos que la habitan y despedirse de ellos. Durante tres días, la mujer rememora su infancia con un padre alcohólico, una madre tosca y sus tres hermanos; una época marcada por el suicidio del mayor, la locura del que volvió de la guerra y el mundo infranqueable del tercero, sordomudo. Esta mujer de cincuenta y dos años que se busca en el pasado no se reconoce ya en su presente. Tras perder un hijo, superar un cáncer de mama y con un matrimonio fallido a sus espaldas, mantiene una relación entre el refugio y la desidia con una mujer mayor. Sin esperanza ni intención ya de encontrar consuelo, se rinde al laberinto de su memoria, evocando un pasado que podría llevarla a seguir los pasos de su hermano mayor y despedirse para siempre de sí misma.

# **NO ES MEDIANOCHÉ QUIEN QUIERE**

António Lobo Antunes

No es medianoche quien quiere.

RENÉ CHAR

# **VIERNES, 26 DE AGOSTO DE 2011**

# 1

Despertaba en medio de la noche seguro de que el mar me llamaba a través de las persianas cerradas, giraba la cabeza hacia la ventana y lo sentía mirándome como el sonido de los pinos mirándome y las voces de mis padres, al final del pasillo, mirándome, todo me miraba en la oscuridad y repetía mi nombre, preguntaba

–¿Qué es lo que he hecho?

y silencio, el mar y los pinos desaparecían de la ventana, adónde os habéis marchado, y mis padres callados, si perdemos el mar y los pinos no queda casi nada, unos tejados, unos cañizos, la arena, sin huellas de gaviotas, por la mañana muy temprano, solo la porquería de la bajamar que todavía no han barrido, maderas, algas, gasoil, yo cinco años, mis hermanos siete y nueve, no voy a hablar de mi hermano mayor, no se habla de mi hermano mayor, ahí está sonriéndome

–Niña

y bajando a la playa en bicicleta y yo en el cuadro que me hacía algo de daño, feliz y con miedo

–No vamos a caernos prométemelo

y no nos caíamos, al saltar del cuadro seguía doliéndome un poco y después se me pasaba, ponían delante de las olas una bandera verde en un mástil, de vez en cuando un buque a lo lejos, mi padre se quedaba durmiendo, con el periódico sobre el pecho, en el sofá, es decir se veía que dormía por la boca abierta, no tenía canas ni estaba

enfermo, no había muerto, mi madre, que charlaba con la vecina de sombrilla

–Me paso la vida repitiéndote que no la traigas en la bicicleta hasta que no se le rompa una pierna a la niña no vas a estar tranquilo

mi hermano no sordo y mi hermano sordo se tiraban cosas el uno al otro y mi hermano sordo, gritábamos su nombre y no nos miraba, empezó a llorar, mi pelo ya no negro como el de mi padre, teñido de rubio, mi madre a la vecina de sombrilla, limpiando las mejillas de mi hermano sordo con la toalla

–¿Ya ha visto qué cruz?

en un extremo de la playa, sobre las rocas más allá de la laguna, una construcción abandonada, con la frase Alto da Vigia Mariscos & Bebidas descolorida en la cal, donde se juntaban los rateros después de cenar para planear sus robos, mi madre

–Ojalá os robasen a todos para tener paz y tranquilidad

aunque no se distinguiese a nadie con un palo y sacos para meternos dentro, vi hacer eso con los gatos pequeños y el saco se movía, sumergían el saco en la pila de la ropa y ya nadie se movía, lo tiraban todo en un hoyo en una esquina del huerto mandándonos

–Fuera de aquí

solo se quedaba mi hermano sordo, intentando levantar la tierra con los pies, yo a él

–No te agobies

y un mirlo dos notas en los pinos, qué motivo hay para agobiarse por un saco que goteaba y la gata por allí olfateando, no tengo hijos, yo, es decir tuve uno y se perdió, en qué hoyo lo metieron, mi marido

–No lo metieron en ningún hoyo todavía no era un bebé

mientras la bicicleta subía despacio la ladera de casa, recuerdo el sonido del timbre, el del cartero más fuerte,

llegué por la mañana para despedirme de la casa, la semana que viene entregamos las llaves, los árboles ofendidos conmigo, que esos sentimientos se notan

–Qué maldad dejarnos

no van a mirarme esta noche, fingen olvidar quién fui, habitaciones sin muebles, un trozo de papel a la derecha y a la izquierda en la tarima, restos de paja de colchón en el sitio de mi cama, las mismas hormigas de otro tiempo en la cocina pero los estantes sin tazones, un paquete de azúcar cerrado con una pinza de la ropa, solo en el armario, y el recuerdo de mi padre buscando la botella en la despensa, yo a su prisa que había dejado de existir, más los dedos temblorosos desprendiéndose de mi memoria

–Se han acabado las botellas padre

y mi padre, tozudo, escudriñando un baúl, intentándolo con una caja, renunciando mirándome con los mechones despeinados, no me acostumbro a mi rubio, murió hace años, cuál es el motivo para volver aquí, señor, hoy, para atormentarme con su sed más el pañuelo con el que intenta limpiarse la frente y no llega ni a la cara, agita un adiós sin destinatario, reflexiona por un momento, duda, termina escondiéndose en el bolsillo, como un gato en el saco, dentro de poco inmóvil, se cava un hoyo en el huerto y desaparece para siempre a medida que lo que queda tropieza en el salón, mi madre a la vecina de sombrilla, señalándonos

–No sirven para nada

mi cruz, doña Liberdade, uno sordo, una inútil, otro que se mata, otro loco, por no mencionar al marido con los efluvios del alcohol

–Quítame las arañas de la ropa

una tropa de cuidado, amiga, en el Alto da Vigia Mariscos & Bebidas me pareció que un ratero pero, fijádome mejor, un arbusto sacudido por el viento del mar, dos o tres burros flaquísimos olvidados por los gitanos, pi-



sando el mundo con la fragilidad de los cascacos, en silencio como el mar y los pinos, mirándome desilusionados

–¿De verdad vas a dejarnos?

y que mi hermano sordo parecía entender por el modo como las cejas le cambiaban de sitio, se daba con una cuchara en una cazuela y mi hermano sordo como si tal cosa, nos callábamos para pensar y él, midiendo cada letra

–Tal vez

descubrió antes que los demás, no sé cómo, que me iba a casar y me empujó hasta el pasillo

(muchas menos gaviotas que cuando era pequeña ¿por qué?)

en un aliento

–No

muchas menos gaviotas, ningún ratero, el Alto da Vigia inexistente, ni un muro, ni un trozo de huerta, hierbas balanceándose sin descanso, uno de los burros se cayó al ceder un pico de una roca y los perros a su alrededor, esqueléticos, despertaba en medio de la noche seguro de que el mar me llamaba a través de las persianas cerradas, quién habrá revelado mi nombre, giraba la cabeza hacia la ventana y lo sentía mirándome, si me acercaba a las persianas todo oscuro, dónde están los ojos, el burro hinchado en la costa, las patas tiasas, solo dientes, mi padre, también hinchado en pijama

–Niña ¿has visto por ahí una botella?

los pies con dificultades para andar, la voz empujando por una cuesta difícil, mi madre

–¿Quieres matarte como tu hijo mayor?

he venido a esta casa para despedirme de ella, los socorristas taparon el burro con un hule y se lo llevaron al almacén, ecos de pinos en el eco de mis pasos, cuál de nosotros es los árboles y cuál de nosotros soy yo, un mirlo cambió de rama en un frenesí de páginas, las habitaciones aumentaron de tamaño, me pareció que un trozo de vestido de Esmeralda, una muñeca que tuve, y al final el sol en

una esquirra de plato, si me sirviese para comunicarme en cuántas voces se dividiría mi voz, mi madre

–¿No puedes estarte quieta?

abrochándome la blusa que me picaba en la espalda, lo único que me fastidia de la idea de crecer es que mi hermano mayor no me lleve en el cuadro hasta la playa, a partir de la próxima semana, después de entregar las llaves, no podré divisar la casa a lo lejos, las páginas del periódico se caían al suelo mientras mi padre dormía, de vez en cuando iba a la despensa a echar un trago a escondidas

–Jarabe para la tos niña jarabe para la tos

con un color diferente en las orejas y en la frente, decir a los pinos que no me miren, no tengo la culpa, llegábamos en agosto, nos marchábamos durante las mareas vivas, con las gaviotas no en la playa, posadas en las chimeneas, las olas alcanzaban la muralla y se llevaban la arena, por no mencionar el verano y la voz de mi madre, mis hermanos y yo en el asiento de atrás del coche lleno de maletas, ellos mirando hacia delante y yo al contrario, de rodillas, viendo cómo las vacaciones se esfumaban en el cristal, el quiosco, el bar del fútbolín, los últimos árboles y después la carretera, la gasolinera donde nos mandaban hacer pipí aunque no tuviésemos ganas, mis hermanos en la puerta con la silueta del hombre y yo en la puerta con la silueta de la mujer, adonde mi madre ya no me acompañaba

–Lávate bien las manos

y yo orgullosa de entrar sola, allí siempre restos de perfume, a pesar de mi cara abajo en el espejo, tardé siglos en subir por el espejo, había una tercera puerta con una silueta en una silla de ruedas que incluso hoy despierta mi curiosidad, pasado un instante Lisboa, faltaban azulejos en el edificio al lado de la pastelería Tebas

–Madre ¿qué quiere decir Tebas?

y mi madre, como siempre que no tenía ni idea

–Cuántas preguntas

con una mirada negra de reojo a mi padre, revisando el sitio de las botellas antes de vaciar las maletas, olores a cerrado y a ausencia que se prolongaban durante semanas, hasta que el olor de la comida y el olor de las personas se volvía más fuerte, se pasaba el dedo por cualquier mesa y polvo, no dije que no había pasta de dientes para que no me obligasen a usarla, me dio la sensación de que el mar y los pinos iban a volver y no volvían, aunque restos de arena en los pies y yo contento de verlos, una gaviota perdida atravesó la terraza pero ningún burro ni ningún ratero en los tejados vecinos, al escribir que no se mencionaba a mi hermano mayor me refería a, un día, si le echo valor, lo cuento, mi hermano sordo empezó a protestar, exigiendo dormir con el elefante que le protegía de las trampas del mundo, oculto en medio de la ropa sucia en una mochila por abrir, mi madre le gritó al oído

–¿No te da vergüenza con siete años abrazarte a un animal?

y no necesitaba al elefante, tenía un hipopótamo en la mesilla, llamado Ernesto, que me cuidaba sin necesidad de agarrarme a él, no me importaba meterlo entre las sábanas pero Ernesto prefería la mesilla

–Yo aquí y tú ahí

como prefería que el nombre Ernesto fuese un secreto nuestro

–No se lo cuentes a nadie ¿vale?

y yo, claro, obedecía, mi abuela muy mayor, más de cuarenta o sesenta años por lo menos

–Niña ¿cómo se llama tu hipopótamo?

yo, no se lo cuentes a nadie, callada, doña Alice, casi tan mayor como mi abuela, con un defecto en el pulgar, ayudaba a mi madre tres veces por semana, a fin de mes se juntaban para echar cuentas, a lápiz, en la parte de atrás de una factura, equivocándose en los números, el sobriño con un riñón flotante, qué es un riñón flotante, no te

cansas de aburrir a las personas, niña, doña Alice metía empujando los almohadones en sus fundas, mi madre, que se interesaba por las enfermedades

—¿Cómo está el riñón flotante de su sobrino doña Alice?

doña Alice con el almohadón mitad fuera mitad dentro de la funda

—Unos días mejor y otros días peor quieren operarlo a barriga abierta

y por momentos la idea de morir me aterró, la muerte era mucha gente a nuestro lado y tener que hablar susurrando

—¿Ya no se respeta a los muertos?

mi padre, con corbata negra, más asiduo en la despensa, mi madre pausas envueltas en un sollozo, sin enfadarse tanto con nosotros, anunciando, con solemnidad resignada

—Todo pasa en un minuto

y mentira, los días larguísimos, por ejemplo una eternidad entre la comida y que mi padre se levantara del sofá para llevarnos al circo tras un viaje a la despensa, mi hermano sordo, inquieto con los focos, se nos agarraba llorando por el elefante, yo no, hechizada con la chica del trapecio, rubia como yo ahora, la seguridad de que si nos conociéramos nos haríamos amigas y podría prestarle a Ernesto una noche o dos, incluso con el mar llamándome a través de las persianas cerradas y los rateros en el jardín avanzando hacia mí, alrededor de la carpa jaulas de leones sonámbulos, con la piel igual a las alfombras gastadas que se dejan en la calle para que las recoja la furgoneta del Ayuntamiento, y un payaso, metiendo la bola de la nariz en el sombrero, con la intención de regañar a su hijo con la boca enorme, palabras gigantescas que no podía escuchar, confundidas con la música de la orquesta, vi al sobrino de doña Alice pero no encontré el riñón flotante,

le di la vuelta para investigar y observándolo por fuera idéntico a nosotros, mi madre

–¿Creías que el riñón flotante andaba por ahí?

el riñón por ahí y el sobrino de doña Alice intentando cogerlo como sucedía con el jabón en el baño, lo cogía con la mano cerrada y se escapaba, una mancha azul si nos quedamos quietos, ni un rastro si agitamos el agua, por qué razón los jabones merman, no se enfade, madre, que no era una pregunta, solo me lo imaginaba, la chica del circo nunca vino a mi cuarto, qué edad tendrá hoy día y tampoco se trata de una pregunta ni quiero que me responda puesto que no la conocí, estaba pensando, olvidé el hipopótamo pero el mar y los pinos siguen conmigo, giraba la cabeza hacia la ventana para sentir que me miraban, todo me miraba repitiendo niña, me acuerdo de la tarde en que la cara de mi madre diferente

–Tienes que ponerte un bañador que te tape aquí arriba

donde, en mi opinión, no había nada que tapar, dos bultitos que empezaban a molestarme y ya está, lo demás igual, el hipopótamo, preocupado

–¿Vas a tirarme?

y yo, me salió así

–Cuántas preguntas

arrepintiéndome enseguida

–No era eso lo que quería decir perdona es evidente que no voy a tirarte

esto en la época en que mi hermano mayor seguía vivo

–Es evidente que no voy a tirarte

y lo tiré, necesitaba la mesilla para fotografías de actores de cine y el estuche de las pulseras y los pendientes, además de librarme de la burla de mis amigas

–¿Tienes un rinoceronte?

no rinoceronte, hipopótamo, no le perdono que no estuviese conmigo cuando mi hermano mayor, cuando las olas, cuando mucha gente cuchicheando en la arena y no

fue un burro el que se cayó del acantilado, cuando un policía trajo la bicicleta que quedó en la muralla mi padre, sin esconderse en la despensa, con la botella en el salón, mi madre se levantó de la máscara de las manos, a mí

–¿Alguna pregunta?

yo que no molesto a nadie, he venido a despedirme, no entiendo la razón

–Vas a tener que ponerte un bañador que te tape aquí arriba

por la que la casa ya no nos pertenece, sintiendo el mar diferente, los pinos diferentes, ceremoniosos con las habitaciones vacías, caminando ligeros dudando en las puertas

–¿Podré entrar?

donde estaba el cañaveral un chalet, dos y un chaval jugando con una pelota de tenis contra una pared, cerca de una regadera caída, fui a la calle a tirar a Ernesto a la basura, entre dos bolsas, lo más al fondo que pude, se veía una de las patas, cogí una bolsa del contenedor de al lado y Ernesto inexistente, cuando una ambulancia subió la calle, que la bicicleta bajaba hacia la playa, mi padre nos encerró en la habitación de mi hermano sordo

–No salgáis de ahí

se sentía la presencia de varias personas en el salón, un hombre a mi padre

–Firme junto a la cruz en lápiz

el burro solo dientes y las patas tiesas, durante la firma mi madre, con la voz que existe en el interior de los pañuelos

–Siempre juró que no iría a la guerra

un mirlo colocándose las plumas junto a los marcos, observándonos de lado y siguiendo con su limpieza, nosotros apoyados los unos en los otros, con miedo, cuál de estos corazones es el mío, el hombre a mi padre

–Escriba bien su nombre que no hay otro impreso

y un martillo, tórtolas, la cancela un corte alargado en el que un clavo iba lacerando el cemento, todo me hace daño, hoy, todo me hiere, mi madre, siempre dentro del pañuelo

–Voy detrás con él no insistan

la ambulancia marchándose, no hacia la playa, por el lado de la parcela donde nunca he visto a nadie, una capilla, olivos, mi hermano sordo se apretaba el elefante en la barriga, mi hermano no sordo

–Tengo hambre

el mirlo desapareció con una prisa oblicua y por primera vez en la vida, qué tontería, eché de menos a un pájaro, ninguna ola, ningún pino, nosotros tres sentados en la cama con la mano de uno de ellos, húmeda de terror, apretándome el brazo, y no entendí si mi sangre me pertenecía o pasaba de unos a otros, aturdimiento, nervios, en esto mi hermano mayor sonriéndome

–No te preocupes niña

o sea en esto

(el hombre aprobando a mi padre

–Venga que la firma ha quedado más o menos

y una censura oculta

–Es un borracho)

en esto pasos, primero en la arena, después en el escalón, después en el interior de la casa, en los marcos un cactus con una flor roja que vibraba explicándolo todo, se entendían frases sueltas, lo demás no, presté atención

–¿Qué?

el cactus

–Eres muy pequeña para saberlo

y se calló, frases relacionadas con un cuerpo con las piernas tendidas, solo dientes, en la playa, los pasos en el interior de la casa se acercaron a la habitación de forma que solo existía la tarima, no las paredes, no los muebles, una vuelta de la cerradura, una segunda vuelta, la vecina de sombrilla, solemne